

2008

Aurora Cáceres, “Evangelina”, entre el modernismo finisecular y la reivindicación feminista

Carmen Barrionuevo

Citas recomendadas

Barrionuevo, Carmen (Primavera-Otoño 2008) "Aurora Cáceres, “Evangelina”, entre el modernismo finisecular y la reivindicación feminista," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 67, Article 3.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss67/3>

AURORA CÁCERES, “EVANGELINA”, ENTRE EL MODERNISMO FINISECULAR Y LA REIVINDICACIÓN FEMINISTA

Carmen Ruiz Barrionuevo
Universidad de Salamanca, España

La personalidad de la escritora Zoila Aurora Cáceres (Lima, 1872-Madrid, 1958), que usó con frecuencia el pseudónimo de “Evangelina”, empieza a ser recuperada en los últimos años. Algunos estudiosos han llamado la atención en su país, muy especialmente con la inclusión de sus cartas a Miguel de Unamuno en un volumen colectivo dedicado a la correspondencia del escritor español con una serie de autores peruanos (Kapsoli, 25-31), y más recientemente la reedición de su novela *La rosa muerta* llevada a cabo por Thomas Ward (Cáceres, 2007)¹. Sin embargo son muchos los datos que nos quedan por completar en su biografía y en su obra que, además, han sido leídas en exceso en función de los hombres con los que convivió, en un primer momento, su padre, el general Andrés Avelino Cáceres (1836-1923), héroe en la época de la ocupación chilena², que sería presidente de la república en dos periodos (1886-1890 y 1894-1895) y posteriormente ministro plenipotenciario del Perú en Europa; y luego el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (1873-1927), tras su matrimonio en 1906, cuya relación y posterior rompimiento aparecen reflejados en su libro *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo* (1929). Pero Aurora Cáceres tuvo una personalidad por sí misma, tal vez tachada y negada por la cultura masculina dominante en la época y por su propio condicionamiento educativo. Muy aferrada a la religión, fue al mismo tiempo una mujer privilegiada entre las de su clase y, si bien su producción es víctima de la subsidiaridad en el campo literario, poseyó una excelente formación adquirida en su país y fuera de él pues llegó a ser alumna de la Escuela de Altos Estudios Sociales de la Universidad de la Sorbona (1902-1906), centro en el que se graduó. Al mismo tiempo y a lo largo de su vida

desplegó su labor en la actividad pública con la fundación en Lima de varias sociedades relacionadas con la asistencia a las mujeres, el *Centro Social de Señoras* en 1905, *Evolución Femenina* en 1911, *Feminismo peruano* en 1924, con el propósito de trabajar en favor de los derechos de las mujeres para las que pidió el derecho al voto, y, en los años de la Segunda Guerra mundial la organización antifascista *Acción femenina*, a la par que fue conferenciante de temas sociales y culturales. Estas iniciativas evidencian unas inquietudes que consolidó con la fundación en París y Madrid de la *Unión Literaria de los Países Latinos* (1909) con proyección en los países hispanoamericanos, y luego en Lima la *Asociación Nacional de Escritores y Artistas* (1938), para ser representante del Perú en la *Comisión Interamericana de Mujeres* (1940-1945) con sede en Washington. Por la simple enumeración de estas sociedades nos damos cuenta de que la autora era una activista de uno de los tipos del feminismo que entonces arraigaba con fuerza en Europa y que su obra tiene mucho que ver con esta temática e inquietudes.

Aurora Cáceres conoció y mantuvo correspondencia con escritores y poetas del fin de siglo de España y América. Además de las cartas y libros que de ella se conservan en la Casa Museo Miguel de Unamuno de la Universidad de Salamanca, contamos con una correspondencia con Rubén Darío, escasa, pero significativa para valorar cómo se desenvolvía en el medio literario. Entre Aurora Cáceres y Darío se cruzaron, además del prólogo que el poeta nicaragüense le escribió a su libro *Oasis de arte* en 1912, cinco misivas, casi todas breves: dos tarjetas, dos notas y una carta, al parecer escritas cuatro de ellas en París, y la quinta y última en Berlín, donde acompañaba a su padre, el General Cáceres, porque, aunque carecen de fecha, corresponden a la época en que Darío aceptó dirigir la revista *Mundial Magazine* en 1911, que le proponen los empresarios uruguayos hermanos Guido, junto con otra revista dedicada a la mujer, *Elegancias*³. Me parece poco pertinente la descuidada opinión de Luis Alberto Sánchez al prologar el libro de Willy Pinto Gamboa, *Epistolario de Rubén Darío con escritores peruanos*, cuando expresa:

Zoila Aurora Cáceres (Evangelina) aparece en esta colección con varias cartas, pero todas ellas banales. Se refiere a encuentros con Rubén y a datos sobre su propia vida en París y en Berlín. El compilador ha hecho bien en agregar al texto la crónica de Rubén sobre el matrimonio de Zoila Aurora con Enrique Gómez Carrillo, a quien Darío amaba y temía por su estilo de vida tempestuoso y sus expresiones generalmente lapidarias y adversas a él (Pinto de Gamboa, 12).

Palabras que son consecuencia de una lectura muy superficial, no sólo de la propia correspondencia sino del desconocimiento total de la autora, emitidas además con la distancia del tiempo y sin profundizar en la biografía ni en el entorno que la condicionó, no sólo por su carácter de mujer en un

medio aristocrático sino por su deseo de tomar parte en la vida literaria en paridad de condiciones a los hombres. Pero en todo caso, no es posible hacer juicios apresurados, ya que nunca será fácil saber el número de cartas que cruzaron y la importancia real de su relación, sólo se puede constatar que la correspondencia de Aurora Cáceres se inserta en esta empresa parisina de Darío, pues la primera y breve misiva hace referencia a las revistas, para las cuales la autora peruana podía resultar propagandista y colaboradora de importancia, por la facilidad con que se movía en los círculos aristocráticos de la sociedad francesa y centroeuropea al dominar también los idiomas francés y alemán. De ello estaba persuadido Darío con toda seguridad. Dada la ausencia de fechas puede hacerse tan sólo una cronología aproximada por su contenido y así parece que la primera tarjeta fechada el 1 de abril debe corresponder al año 1911 pues le comunica a Darío que se quedará algunos días más en París y que espera “tener el gusto de verle y de poder hablarle respecto a las revistas que Usted dirige”⁴. El tono resulta siempre respetuoso y admirativo y la despedida se inserta con un “Reciba Usted el más atento y afectuoso saludo de su sincera amiga. Aurora Cáceres”. La siguiente tarjeta es una nota que da a entender que Evangelina ha emprendido alguna actividad en favor de la difusión de las revistas de Darío, tan necesitado de solvencia económica que, es sabido, que los empresarios Guido le obligaron a realizar de abril a noviembre de 1912 una gira propagandística de sus revistas por varias ciudades de Europa y de América. Por eso de modo apresurado Aurora Cáceres le hace saber dos direcciones de dos damas de la capital francesa⁵ cuya causa había ganado para suscribir las revistas del nicaragüense. El tercer documento es una nota en la que brevemente le comenta:

Muy distinguido amigo: Por Bonafoux he sabido que deseaba V. hablar conmigo a propósito de la *Elegancia* (sic) lo que me procurará el placer de verle. Tenga la bondad de decirme lo más pronto que sea posible cuándo le encontraré en su casa, para ir a hablar con V. Yo permaneceré muy pocos días en París, pues vamos a Berlín donde papá ha sido nombrado ministro. Le envía un afectuoso saludo su amiga Aurora Cáceres.

Parece curioso que sea precisamente el escritor español Luis Bonafoux (1855-1918)⁶ el intermediario entre ambos, sin embargo sabemos que tuvo una buena relación con ella y que llegó a prologarle el primero de sus libros, *Mujeres de ayer y de hoy*, en 1909⁷, al que más adelante nos referiremos. La cuarta carta que conservamos parece ofrecer un nuevo matiz en la relación con Darío pues de un “estimado amigo” pasa a trazar, como también la quinta carta, un “Muy estimado y admirado amigo” y un “Muy estimado y admirado poeta” respectivamente, y no sólo eso, sino que en esa cuarta carta se permite una iniciativa al proponerle una cita para tomar el té en su casa antes de volver a Alemania, pues “Se encuentra de paso en esta un joven escritor peruano de gran talento y de fortuna en el que todos los peruanos vemos un gran elemento de utilidad para la patria. Yo desearía

presentarle a Vd. a este amigo quien admira a Vd. tanto como yo”. Es decir que Aurora Cáceres también tomaba las riendas sociales a la hora de presentar al poeta a otros escritores. No sabemos qué escritor era y si Darío accedió a la visita. En la última carta, la más extensa y ya desde Berlín, se confirma el interés de Aurora Cáceres en la colaboración en *Mundial* (“Sólo hoy me es posible enviar a Vd. una correspondencia, para *Mundial*, conforme le ofrecí en París. Ojalá sea de su agrado!”). Es ésta la carta más expresiva, pues llega a hacer alguna observación personal que se aparta de las notas de colaboración empresarial de las precedentes, “Desde que llegué a Berlín he estado sin trabajar, esta ciudad me entristece de tal modo que siento el espíritu como muerto”, le dice, dándole cuenta de su estado de ánimo; o indicaciones sobre su itinerario que incluye el viaje a Munich para visitar a las Infantas Isabel y Paz y luego los desplazamientos a Montecarlo y París. Y lo que debía importarle más, sus publicaciones: se queja de no haber recibido ninguna de sus revistas, ni *Mundial*, ni *Elegancias*, y no saber si ha aparecido el retrato que le remitió así como, y más significativo, si Darío ha realizado el prólogo a su libro *Oasis de arte*:

hace algunas semanas me escribieron de la casa Garnier que sólo esperaban el prólogo de Vd. para que apareciese mi libro *Oasis de Arte*. Sus múltiples ocupaciones le han dejado un momento para dedicarme unas líneas? Qué dicha si así fuere!

Como Darío era un nombre de importancia en la vida literaria, en su deseo de hacerse un lugar en ella, Aurora Cáceres había encontrado la oportunidad de pedirle un prólogo. Es más que evidente que el poeta sintió en esos momentos el peso de la obligación acerca de una escritora que se había comprometido a ayudarle en la difusión de sus revistas, y ello lo forzó a escribir el prólogo en un momento en que la actividad de la peruana estaba en su mayor desenvolvimiento. Justamente en ese año 1912, Aurora Cáceres realiza su primer viaje a España, país en el que colaboraba en *ABC* y *Blanco y Negro* con su seudónimo de “Evangelina” (Martínez Gómez, 82), por lo que fue invitada a diversas reuniones sociales en Madrid, y a impartir una conferencia en el Ateneo sobre el tema de “España en la poesía del Perú”⁸. Esta actividad continuaría en los años sucesivos porque publicaría en la capital madrileña dos de sus libros *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo* y *La princesa Suma Tica* (1929), así como colaboraría al año siguiente en la *Revista de las Españas* con un artículo titulado “El arte pictórico en el Perú” (Martínez Gómez, 83). Estos éxitos también debieron estimularla para continuar su actividad literaria, pero en lo que se refiere a *Oasis de arte*, el libro prologado por Darío, aparece hacia 1912, reuniendo crónicas de viajes por Europa, Suiza, Italia, Francia, Bélgica y Alemania, y adjuntando también la conferencia que impartió en la Sorbona acerca del Perú, que es quizá la parte mejor del libro.

Rubén, por tanto, no tuvo más remedio que escribir el prólogo solicitado para su libro de crónicas. El nicaragüense tenía una idea negativa de las mujeres escritoras, cosa que se evidencia en el mismo texto en unas líneas que tampoco nublan su desaforado machismo: “Confieso ante todo que no soy partidario de las plumíferas; que Safo y Corina me son muy poco gratas”, para continuar:

Una Teresa de Jesús, o una George Sand, me parecen casos de teratología moral. Ahora, una literatura discreta, un escribir como se borda, o se cuida una flor; una manifestación de impresiones y sensaciones, sin dogmatismos ni pedanterías, confieso que suele ser en ocasiones no solamente excusable sino encantador (Cáceres, [1912]: VII).

Y sigue en plan jocoso al afirmar que no le gustan las mujeres de letras porque “con ciertas excepciones, han sido y son feas [aunque] Evangelina no se encuentra en este caso, pues ha sido y es gala de los salones, tanto por su espíritu como por su beldad, gracia y elegancia. Baste con decir que es una compatriota de Santa Rosa de Lima” (VII-VIII)⁹. Humor, ironía, que rozan la falta de respeto so capa del elogio, aunque es posible que ni la propia autora lo considerase vejatorio, al ser ese tono el característico que empleaban los escritores para con unas publicaciones que consideraban pueriles, añidadas e inconsistentes. Que el compromiso era ineludible para Rubén Darío lo prueba incluso que la mayor parte del prólogo del poeta sea una enumeración fatigosa de los lugares por los que se detiene Aurora Cáceres en su texto y que tiene por fin cubrir el espacio sin nada decir, para ocupar el resto del espacio con la transcripción de un largo párrafo de la autora con el mismo fin de escribir lo menos posible y cubrir el expediente. Como valoración total de su trabajo sólo quedan para Darío “ocurrencias candorosas” y algunas descripciones estéticas que al final se reducen a un solo párrafo, el único que destaca y que se refiere a su país natal.

También el propio Rubén Darío había reflejado por escrito en junio de 1906, la boda de Aurora Cáceres con Gómez Carrillo, gracias al cual, es muy posible, ella conociera personalmente al escritor nicaragüense. El artículo, en plan jocoso y desenfadado, como escrito para una revista de sociedad, “Carrillo, casado”, se centra en el escritor guatemalteco, manifestando la perplejidad que tal situación le producía, a la vez que hacía valer su guía espiritual y cultural:

Vengo del matrimonio de Gómez Carrillo. Gómez Carrillo casado! Vida bien llenada con lo que falta. Y veo al joven que conocí en Guatemala hace ya muchos años. Era yo director de un diario político que consagraba su mayor parte a la literatura. Tenía como colaboradores a los principales jóvenes que entonces sabían halagar a las musas en aquella tierra amable. [...] Me complazco en haber hecho cambiar de rumbo aquel talento primaveral y en haberle señalado el camino de esta Galia que debía adoptarle por hijo espiritual (Pinto Gamboa, 60)¹⁰.

Aunque no deja de ironizar sobre su trayectoria personal: “Ha tenido, entre tanto, muchas aventuras, muchas originalidades...”; sobre su fama: “Se ha hecho famoso, ha escrito muchos libros y una cantidad fabulosa de artículos en la prensa española y americana”; y sobre sus veleidades y ataques al propio Darío: “Ha representado la comedia del amor, la del odio, la del duelo, la de la bohemia, la de la diplomacia; ha escrito la célebre frase: “Cuando Rubén Darío tenía talento...”. La descripción de la novia nos interesa por su inconsistencia, pues desde luego no es más que un trazo estético al que se añade un valor irónico: “La novia es de hermosos ojos, graciosa, voluptuosa. Es también literata”. Y tras referirse a “el discursito” del alcalde con todos los tópicos del caso y alusiones al famoso padre de la contrayente termina el artículo como una crónica de sociedad en la que puede haber algún trazo premonitorio:

Ya Carrillo está casado. Ya partimos los concurrentes al Hotel Royal, donde almorzamos y nos regocijamos. Las frases son frescas y sabrosas. Hay una dama linda y enlutada. Ríe una niña que es como un querubín. El champaña acapara sol en las copas. Luego todos nos despedimos. El General siempre nervioso, se retuerce el bigote; se va a Roma. Carrillo con su novia se va a probar la miel de la luna. Y todo esto está perfectamente.

No distaba mucho la opinión de Unamuno, a quien Aurora Cáceres se atrevió a escribir al descubrir la correspondencia con su esposo Gómez Carrillo¹¹, y a través de cuyas misivas podemos observar la verdadera actividad de la escritora peruana, preocupada no sólo por las reivindicaciones feministas y su propia obra, sino por las relaciones culturales entre los pueblos (Ruiz Barrionuevo: 1047-1054). Una opinión de Unamuno acerca de *Oasis de arte*, que tal vez proceda de una carta personal y que fue colocada en su libro *La ciudad del Sol* de 1927 nos puede aclarar su postura al respecto:

Tanto como en general me fastidian las escritoras, gusto de las mujeres que escriben como Ud., amiga mía. El desarrollar la distinción sería larga cosa; Madame Sevigné era una mujer que escribía; Madame Staël, una escritora y pocas cosas gusto más que sus breves y repetidos relatos de viaje y es lo que mejor cuadra a una mujer, la impresión rápida del detalle, el sentido de lo real (Cáceres, 1927: 179-180).

Juicio que podemos incluir también dentro de esa concesiva cortesía en la que caen las opiniones masculinas acerca de las escritoras, y hasta incluso puede interpretarse el párrafo final como irónico, dentro de la seriedad característica del vasco, cuando alude al prólogo de Rubén Darío: “tiene razón Rubén: el párrafo que le reproduce es lo mejor del libro... Gracias por su presente, nos ha hecho pasar unos buenos ratos hasta cuando ha excitado mis viejas antifobias”. Como vemos, Unamuno se solidariza con Rubén y aunque, más cuidadoso, las opiniones son coincidentes ante una personalidad

que se contempla como feminista, aunque sea aburguesada, y una obra que, bien es cierto, nunca alcanzó el nivel estético de los varones de su época, pero cuya labor siempre fue dirigida con esfuerzo y tenacidad.

Zoila Aurora Cáceres es autora de relatos y crónicas que va publicando a partir del primer volumen *Mujeres de ayer y hoy* [1909], y que tienen por título, *La rosa muerta y Las perlas de Rosa* [1914]¹² y *La princesa Sumac Tica* (1929), todos son relatos de distinta extensión que pueden integrarse en las líneas de narrativa modernista e indigenista, así como *Oasis de arte* [1912] y *La ciudad del Sol* (1927), en los cuales recogió crónicas de viaje y sus impresiones sobre Cuzco. Pero es significativo que se inicie en la vida literaria con *Mujeres de ayer y de hoy*, un libro cuya estrategia es nítida desde su comienzo, no en vano estaba dedicado a la Condesa de Pardo Bazán¹³, un ejemplo de escritora admitida y admirada en los círculos españoles y en la que sin duda buscaba un apoyo y un estímulo para su gran pasión literaria. Una vez divorciada de Enrique Gómez Carrillo hacia agosto de 1907, Cáceres retorna con más pasión a la literatura y es cuando emprende el proyecto de escritura de este primer libro. En él se advierte que tenía recientes sus estudios en la Universidad, y que, planeándolo con un carácter dual, sin duda deliberado, le permitía explorar en los dos ámbitos que le interesaban, por un lado el de sus conocimientos históricos y por otro, el de sus experiencias directas como periodista y reportera. Se trataba de realizar una obra de base y fundamento para poner de relieve la importancia de las mujeres en la historia desde la perspectiva de algunas de las corrientes feministas de finales del XIX y comienzos del siglo XX que bien conocía, y ello condiciona la distribución de la materia y la bimembración del título, que no responde en realidad al contenido, pues no son “Mujeres de ayer y de hoy”, es decir, no son simples semblanzas con mucho costumbrismo, sino que es algo mucho más ambicioso, se trata de poner de relieve la labor de las mujeres a través de la historia antigua, y por otro lado presentar su actividad en la época contemporánea en defensa de sus derechos, tanto sociales como jurídicos. Y en cada uno de los apartados, y de diferente manera, pero muy especialmente en el segundo, se nos aparece la escritora peruana de cuerpo entero con su bagaje cultural, sus juicios y opiniones proyectadas hacia el futuro.

Claro que un libro así, del que el autor del prólogo, el escritor español Luis Bonafoux, comenta: “Con titularlo *Feminismo* hubiera bastado, porque eso es el libro: del Feminismo en Europa y América” (Cáceres [1909], IX), no debía ser una muy honrosa carta de presentación en la sociedad aristocrática, religiosa y conservadora en la que se movía Aurora Cáceres. Ello se evidencia en el mismo comentario paternalista y devaluador del prologuista que nos pone en claro qué opinión se tenía del feminismo en aquella época en los círculos hispanos: Son “semblanzas típicas, interesantes y bonitas; libro de historias femeninas, de anécdotas falderas, seleccionadas con tacto de artista y presentadas con discreción de dama” (IX). Es decir,

que el libro podía obtener, a pesar de su peculiaridad femenina, la aprobación de esa sociedad de lectores conservadores gracias a esa aparente frivolidad constructiva que el autor del prólogo descubre en su lectura. Es evidente que tal situación, prevista de antemano, debió provocar una autocensura en la escritora peruana, con lo que no deseó titular a su libro de forma más expresiva, sino que acogió una expresión que a todos recordaba las inofensivas estampas del costumbrismo decimonónico: *Mujeres de ayer y de hoy*. Es posible que también ese temor condicione el contenido del libro y su estructuración, pues da la impresión de que no acierta a numerar los apartados en capítulos, evidenciando una torpe aglutinación de artículos dispares y de epígrafes con cierto desorden. Este fallo es corregido en parte en el índice, de posible autoría del editor, al incluir una numeración en capítulos y una somera indicación del contenido que al final no da idea de todos los temas tratados. Además la pretendida división binaria queda oculta al lector en este índice y sólo es perceptible con la lectura atenta de la obra.

La primera parte se inicia con una introducción para luego desarrollar lo que podemos llamar las "Mujeres de ayer", a través de una serie de artículos, "Egipto, Asiria Persia", "El oriente", "Grecia", "Roma", "Emperatrices romanas", "Esparta, Cartago, Arabia", y "El renacimiento". Esta es la parte que podemos llamar teórico-histórica, que infunde un basamento a todo lo que va a venir después, pues la autora recurre a todos los datos históricos a su alcance con el fin de demostrar la valía de las mujeres en todos los tiempos históricos que enumera, salvando expresamente la Edad Media, que considera una época retrógrada. La tesis implícita en estos capítulos combina ideas aparentemente contradictorias, pues por un lado proceden del mundo conservador y católico, al que al autora pertenecía, (la mujer es descrita como la encarnación de la belleza y la ternura emanadas de Dios¹⁴), pero por otro, al mismo tiempo, se suceden las apoyaturas históricas que apuntalan sus conocimientos, como cuando expresa su valoración del concepto de la historia como ejemplo moral (9), idea muy antigua que le sirve para demostrar que en la humanidad culta, la fortaleza de la mujer ha sido una "fuerza desarrollo de las naciones" (3), salvo en los tiempos presentes en que también es fuerza productora. Esta idea tan solo esbozada en la introducción se clarificará más adelante cuando ya pasado un tercio de su libro exprese:

Al principiar el siglo XX se encuentra el feminismo en plena actividad, ya que la mujer no se conforma con aspirar a cultivar su inteligencia de la misma manera que el hombre, y pretende que la palabra compañera, a la que tan grande importancia en la vida social le ha dado Jesucristo, se convierta en un hecho positivo ante la ley y que ésta le otorgue iguales derechos que al hombre (110).

Algunos de los estudios históricos que Aurora Cáceres consultó en francés aparecen citados como fuentes de las ideas que desarrolla en la parte

introdutoria, así la expresiva referencia a Cleyre Yvelin y su historia del feminismo en la antigüedad (Yvelin, 1908); la cita de Paul Gide (1832-1880), autor de un importante estudio sobre la condición privada de la mujer en el Derecho antiguo y moderno (Gide, 1867) que luego volverá a usar como referencia en varias ocasiones a lo largo de esta primera parte; la expresiva cita de la feminista Madame Avril de Sainte-Croix (1855-1939) en defensa del papel de las mujeres en las sociedades de todos los tiempos (7) cuyas ideas debió leer en un título como *Le féminisme* (1907) y en el informe presentado al Congreso Internacional acerca de los derechos de las mujeres en 1900 (Avril de Sainte-Croix, 1901). En cambio rechaza expresamente las teorías de Johan Bachofen (1815-1887) que enfocan la vida de los seres humanos desde el punto de vista fisiológico (2) y que debió revisar en francés e incluso en su versión original, en alemán, pues la peruana dominaba este idioma (Bachofen, 1861 y 1903)¹⁵. Todos estos estudiosos son incorporados con bastante rigor a su trabajo usando las citas pertinentes al analizar desde la perspectiva de la mujer las civilizaciones antiguas. Además en su exposición recurre a la selección de las anécdotas más expresivas, y a los ejemplos femeninos más notables, aunque no prescinde del contexto y valora esas acciones en relación con las de los hombres, pues Aurora Cáceres pensaba, y lo expresa muy a menudo, que hombres y mujeres deben realizar sus vidas en unión y que la realización de las mujeres no se llevará a cabo sin el aliento de los hombres. Así al referirse a la mujer en Grecia dirá: “Si la mujer griega se ilustra y llega a ser cortesana, filósofa y poetisa, es por su afán seductor, y alentada por la magnanimidad de hombres de genio” (51). Ni que decir tiene que se advierte que esta idea muchas veces lesiona su proyecto de ideal progresista.

En la exposición de las historias de las civilizaciones antiguas del Oriente se aprecia una especial polaridad, pues, mientras sus comentarios de la Biblia (27) son amplios —evidenciando un buen manejo de los textos sagrados— resultan en exceso prudentes, y en contraste, considera en general a la civilización oriental refractaria a la sensibilidad europea por la devaluación de la personalidad de la mujer que supone la poligamia. Cáceres se documentará con las referencias de algunos estudios de diferente corte para enfatizar la importancia de las reinas en las civilizaciones egipcia y persa, es el caso de la historia de las naciones de Jorge Rawlinson (11) (Rawlinson, 1887) y el estudio de Louis-Auguste Martin acerca de la condición política, civil, moral y religiosa de la mujer a través de la historia (Martin, 1862-1863). Claro está que la época clásica de Grecia y Roma es la que le parece más significativa y le dedica un mayor espacio, pues si la primera “abre el paraíso de la cultura” (36) al resaltar cómo la mujer, aún en el caso de la cortesana artista, intentaba igualar la labor del hombre (36), tanto en la vida social como en la intelectual, en Roma constata con placer que la ley inviste a la mujer de autoridad, por lo que pasa a documentar

bastante pormenorizadamente estos aspectos basándose en la lectura de historiadores antiguos como Tito Livio, y sobre todo, tal y como sucede en el caso de Grecia, en los trabajos de Paul Gide (43, 56). Sin embargo, es evidente que sus opiniones y su visión de la mujer están condicionados por cierto romanticismo idealizado como puede explicitar alguna de sus fuentes¹⁶. Pero con todo, es apasionante el apartado dedicado a las emperatrices romanas en el que recoge las bondades y perversidades de sus existencias¹⁷, y ante cuyas monstruosas veleidades dentro de su ideario feminista no puede por menos de justificar: “Además, debemos tener presente que la historia ha sido escrita por hombres, y que es sentimiento muy humano achacar los delitos al más débil” (97). Es decir, la autora aparece escindida en sus opiniones entre una admiración al genio masculino y la conciencia de que de la debilidad de la mujer, a pesar de todo, emerge su fortaleza y su capacidad.

El último artículo que recoge esta primera parte histórica es el dedicado al Renacimiento. Es sin duda el apartado que agrupa más referencias culturales, y no sólo de lecturas sino de pintores y artistas. Cáceres recuerda sus visitas a museos de Francia e Italia y describe determinados cuadros de figuras femeninas como el de Beatriz de Este, atribuido a Leonardo, en la Galería Ambrosini de Milán o el de Isabel de Este en la colección Goldshmidt de París (119)¹⁸. A la vez el apasionamiento artístico se combina con referencias varias¹⁹ y, junto con autores de la época como Maquiavelo o Castiglione (118), cita entre otros varios estudiosos, a Emmanuele Rodocanachi (1859-1934) para ilustrar acerca de las mujeres de la época como Lucrecia Borgia (127) (Rodocanachi, 1907), y desde luego al gran estudioso del renacimiento Jacobo Burckhardt, (116), autor del renombrado estudio, *La cultura del Renacimiento en Italia* (1860).

Pero si en esta parte que acabamos de comentar se vinculan los conocimientos históricos y los anecdóticos en aras de la defensa del valor de la presencia de la mujer en la civilización de todos los tiempos, en la segunda parte el planteamiento entrará dentro de otras pautas, Aurora Cáceres toma la iniciativa frente a sus fuentes y ejerce una actitud más activa, de hecho se convierte en periodista y comienza a evaluar de forma directa la situación de la mujer y sus derechos en las naciones contemporáneas de Europa y América que conoce bien. A su vez la estructuración de esta parte del libro resulta un tanto sorprendente y sólo tiene explicación en los propios intereses de la escritora peruana, pues da la impresión de que no quiere prescindir de cosas que le son muy queridas, como la consideración de la valía de las mujeres en Perú, y también la gran admiración que sentía por las escritoras y artistas francesas. Así se plantea un curioso recorrido que empieza por el feminismo alemán, sigue por una serie de consideraciones acerca de dos países latinoamericanos como Argentina y Perú, para dedicar las páginas siguientes por extenso al movimiento feminista francés, a las

escritoras y las artistas, con una interrupción notable, la del capítulo que dedica a “Las sufragistas de Londres”.

No es sorprendente que empiece por Alemania (“Intelectuales de Alemania”), pues su dominio de la lengua facilitaba las cosas, pero es que en este artículo la escritora se presenta con su propia y decidida intención: “Aprovechando nuestra estancia en Berlín, hemos procurado estudiar la labor intelectual y social de la mujer en la capital alemana” (139) y:

Creyendo la forma del *reportaje* la más apropiada para manifestar la manera de pensar de las reputadas escritoras a las cuales nos hemos dirigido, hemos solicitado algunas *interviews*, por medio de las cuales hemos podido apreciar la opinión de las mujeres notables residentes en la capital del Imperio. / Nuestro cuestionario, de palpitante actualidad y que admite discusión, es el siguiente. El movimiento feminista, la educación de la mujer, su profesión, el movimiento social, el papel que corresponde a la mujer en el movimiento social, la acción femenina en el periodismo y el lugar que ocupa la mujer en Alemania (139).

Lo cierto es que Aurora Cáceres consigue una excelente información directa y viva de una serie de mujeres que en Alemania ejercían y luchaban por los derechos de sus coetáneas, y lo hace con detalles que las valoran y sitúan en ese importante contexto, a la vez que muestra su entusiasmo por sus trayectorias y empeños. Así expone una sucinta biografía de Lina Morgenstern (1830-1909), la decana del movimiento social femenino en Berlín (140-1) que fundó los Kindergarten en 1859, las cocinas populares en 1866 y una academia para jóvenes dos años después. Y luego de Helene Lange (1848-1930):

Elena Lange, es la directora de la principal revista feminista *Die Frau* (La Mujer) la cual contiene magníficos discursos literarios y científicos, además, sus conferencias públicas son notables, llamando la atención entre sus discursos “*Die Ahische Bedeutung der frauenfrage*” (La cultura moral de la mujer), “*Die frauenbevegung un Bervustein unserer zeit*” (El movimiento feminista ante la conciencia del siglo) y otros muchos, que demuestran la elevación moral de sus conceptos, al tratar la cuestión feminista (143).

Y le siguen Minna Cauer con su revista que “representa al paladín más intrépido de la causa de la mujer” (146), y muchas otras de diferentes tendencias, como Lily Braun que es la principal representante del feminismo en el socialismo, de la que destaca su libro, *El problema feminista* (146); Alice Salomón (148); María Raschke, doctora en derecho, y a la que identifica con el trabajo de “la mujer en el nuevo código civil” (149-152). El entusiasmo rige la presentación de cada figura que, además, se encuentra incentivado por el cuestionario que les envió y con cuyas respuestas ha

realizado el reportaje²⁰. Esas respuestas, que en muchos casos copia de manera textual, evidencian disparidades que no se le ocultan a la autora, pero valora con satisfacción el hecho de que todas defiendan la mejor educación para la mujer (la consecución de su libre acceso a la educación secundaria era algo todavía pendiente en muchos países), y desde luego la necesidad de seguir una carrera profesional para lograr su independencia. Y en concordancia con la propia opinión de la peruana, todas ellas manifiestan la necesidad de que la mujer tenga el mismo papel que el hombre en la sociedad y que se inserten en el periodismo como manera de presentar con imparcialidad los problemas que afectan a su sexo. Claro que Evangelina percibe la distancia que existe en torno a los objetivos últimos de las corrientes feministas en Alemania, pues mientras unas piensan en la simple acción social, otras creen en el socialismo, lo que las distancia desde la misma raíz.

Respecto al apartado que se dedica a la América Latina es evidente que de una manera intencional introduce dos perspectivas, la de Argentina y la del Perú. La primera, porque para Cáceres el país rioplatense es un ejemplo de cómo la mujer argentina ha logrado hacerse visible en la sociedad, tanto en las sociedades de Beneficencia fundadas en el siglo XIX, como en la escritura y en el periodismo —el caso de Juana Manuela Gorriti²¹ le resulta especialmente significativo, así como la actuación del importante Consejo Nacional de Mujeres: “Esta es la única sociedad feminista que existe en Sur América, con carácter representativo e internacional” (183), nos dice. Claro que visto desde otra perspectiva, la crítica ha enfatizado que “dedicarse a la beneficencia, a la educación, o participar en alguno de los escasos movimientos feministas, fueron las únicas posibilidades de participación social abiertas a la mujer argentina entre 1860 y 1926”, procedimientos con los que se inculcaba un orden moral contrario a cualquier conflicto de clase (Malgesini, 665). Y ello traería como consecuencia que “La sociedad argentina del siglo XX estaría marcada por estas formas subordinadas de expresión y de ocupación de espacios secundarios por parte de las mujeres” (Malgesini, 666). Nada tiene que ver, entonces, la actividad argentina con el feminismo alemán, y menos con las mujeres peruanas que Aurora Cáceres trata con alguna extensión, intentando rescatar lo más valioso de su país en este aspecto. Tal vez por eso era necesaria la transición que representaban las mujeres argentinas, porque advierte que la mujer peruana está dedicada exclusivamente al hogar, aunque no deja de enumerar cuantos nombres en las décadas pasadas y actuales han contribuido al progreso de su sexo, Clorinda Matto²² (190-1), Mercedes Cabello de Carbonera²³ y otras (192-3), pero al final tiene que conceder: “La obra social femenina aún es deficiente, la mayor parte de las sociedades las forman congregaciones religiosas” (202). Es entonces cuando ella se refleja aun más en el espejo del libro e incluye un importante documento: el programa del Centro Social de Señoras que la autora fundó en Lima en 1905 (203-y ss). El texto es un testimonio

interesante a través del cual conocemos mejor las inquietudes y el pensamiento de Aurora Cáceres, observamos su feminismo conservador, que quiere realizar una labor productiva y quizá no puede, porque cuando se propone fundar un Liceo para mujeres, abunda en no aportarles conocimientos tan vastos como a los hombres, sino una instrucción media con algunas carreras seleccionadas (206), dando gran importancia a los trabajos manuales (salvo la costura), la música, la gimnasia, el canto, la fiesta del árbol, y sobre todo idiomas: inglés, francés y alemán. Su conclusión es también clarificadora: “Los trabajos del Centro Social de Señoras representan la mejor expresión de la caridad cristiana, y llenan un vacío, puesto que divulgan la educación moderna” (211). Eso era lo que la condicionaba, los valores cristianos y la beneficencia impartida por las damas aristocráticas le parecían todavía a Evangelina el medio fundamental para hacer avanzar los derechos de las mujeres. La inclusión del texto in extenso lo prueba.

Pero no hay que dudar de que su modelo de representación y de valores femeninos para el mundo actual sigue siendo Francia donde la labor literaria de las mujeres “igual a la del hombre” (215). A esta nación le va a dedicar más de un tercio de su libro y van a ser además las mujeres francesas las que por primera vez en la organización de su tratado tengan un apartado propio con su nombre al frente, un capítulo casi siempre corto, pero expresivo de sus personalidades, es el caso de Jeanne Catulle Mendès (218), la esposa del escritor del mismo apellido y cuya actividad de “Les samedis de Madame” se expone en apasionadas imágenes líricas. Es perceptible en este apartado que Aurora Cáceres quiere glosar en las evocaciones de las escritoras francesas un procedimiento similar a las famosas semblanzas de Rubén Darío, que sin duda habría leído con pasión, sobre todo las incluidas en *Los raros* (1996), que fueron las más conocidas y aplaudidas por los lectores de la época.

Pero ahora, en cambio, se proponía realizar retratos líricos e impresionistas de mujeres escritoras por una parte, y por otra, trazar el cuadro entusiasta de la cultura mundana a la que tenían acceso en el París de su época. Es imposible analizar todos los juicios y los datos interesantes que aporta la autora de esa intelectualidad aristocrática finisecular de las escritoras de Francia: Lucie Faure Goyau que enfatiza la postura del cristianismo social, Juliette Adam, Juliette Lambert, Mme Avril de Sainte-Croix, “Una de las feministas que hoy goza de mayor estimación en Francia” (242), autora de un libro que historia el feminismo en Francia, la condesa de Noailles, de la que justifica su prosa y su verso, María Henri de Regnier, que escribe novelas de gran aceptación, con el pseudónimo masculino de Gerard d’ Houville (260), y tantas otras. Por otro lado bastantes páginas se dedican a la cultura visible y vistosa de los salones y teatros que tanto la complacían, lo que aparece expreso en los artículos dedicados a la Duquesa de Rohan y sus tés poéticos, (“Sus tés poéticos constituyen una de las fiestas de la aristocracia parisién más selecta” 230), o “Sarah Bernardt en su camarín”,

que describe la transformación de la famosa actriz en el momento de salir a escena (281) o “Hanako en París” sobre el teatro japonés en París (284). Un nivel distinto lo ocupan los ensayos finales, por algo los más camuflados en el índice, ya que pretendían presentar una postura más activa en la lucha por los derechos de las mujeres en Francia, así “El congreso feminista de París”, un artículo de experiencia personal de reportera, pues le encargan la representación de la Asociación de la Prensa en el Congreso Nacional Feminista, que se reúne en la calle Danton. O también “Nuevas leyes”, que enfatiza el logro conseguido por la mujer francesa al autorizarle a disfrutar del salario que gana y a poder declarar en el juzgado sin tutoría del marido (301). Es este un artículo de reivindicación pero en el que muestra de nuevo una curiosa e incoherente opinión: “Las feministas que desean tanto mejorar la condición social de la mujer, podrán observar que el mejor medio de obtener reformas es confiarlas a los hombres. Ellos saben lo que conviene a las mujeres” (304). Otros dos títulos, “Participación de la mujer en los congresos modernos” (306) y “Las sufragistas en Londres”, son también dos ejemplos de las contradictorias posturas de su autora que por una parte creía en la mujer pero por otra no lograba desasirse de sus raíces católicas. Termina el libro con un cierre que podemos considerar fundamental para Aurora Cáceres como escritora, pues se trata de un repaso, una enumeración de las mujeres escritoras, casi exclusivamente francesas, y llegado el final lanza una propuesta: “lo que nos queda por saber es si los libros escritos por mujeres encierran el alma femenina” (343), para responder: “por lo general, las novelas femeninas no difieren de las que escriben los hombres: son tan osadas, pornográficas, impetuosas y apasionadas como las que produce la pluma masculina” (344). Opinión que de nuevo no deja de sorprender por el entusiasmo con que se emite en una dama de tan arraigadas creencias religiosas.

En definitiva, *Mujeres de ayer y de hoy* era, en el contexto hispano un libro de curioso carácter híbrido, atrevido y novedoso²⁴. Ello fue bien percibido por Luis Bonafoux en el prólogo, aunque no pudiera desasirse de sus condicionados prejuicios sociales, y después de recordar a su padre, el General Cáceres, para evidenciar que la autora estaba bien recomendada y era de buena familia, elogia su conferencia en La Sorbona por no haber cometido el “pecado de bachillería”. Era evidente que para Bonafoux, como para otros lectores de la época, la mujer no tenía que sobresalir por encima de los hombres, y de hecho no evita el paternalismo y la sensación de compromiso, al destacar la valía de la escritora y sus buenas relaciones con el mundo literario en Madrid y en París. O incluso la sonrisa burlona cuando enuncia sus “ocurrencias candorosas” devaluando sus opiniones, para conceder al final que *Mujeres de ayer y de hoy* es “El [libro] más completo, en lengua castellana, que se ha escrito del movimiento femenino”. Y esto no era concederle demasiado.

NOTAS

- 1 Véase Andradi, 2006, que cita el artículo de Fernando Carballo, “Entre el Sagrado Corazón y la Belle Époque” en *Revista Manuela Ramos*, aparecido en Lima en 2004 como uno de los que ha llamado la atención acerca de Aurora Cáceres en su país. Véase también mi trabajo “Aurora Cáceres, corresponsal peruana de Miguel de Unamuno” (Ruiz Barrionuevo, 2005) y la edición de Thomas Ward (Cáceres, 2007).
- 2 La autora fue secretaria de su padre durante su estancia en Europa, cuyas memorias recogió en el volumen *La campaña de La Breña* (1921) y en el *Anecdotario* (1950-1951), con importantes anotaciones de su actuación política y militar.
- 3 *Mundial Magazine* apareció mensualmente desde mayo de 1911 a abril de 1914; *Elegancias. Revista mensual ilustrada artística, literaria, modas y actualidades* desde el mismo año 1911 y al parecer duró hasta la misma fecha. Ambas tenían como sede París.
- 4 En todos los casos de las cartas de Aurora Cáceres las transcribimos de *Archivo Rubén Darío*, Universidad Complutense de Madrid.
- 5 “La invitación a la condesa Gloria Fca(?) di Brugno se la pueden mandar a la Rue Cléber 67 y la de la Sra. Rosa Finaly –donde la de Catulle Mendés, Hôtel Palais d’ Orsay. Justino de Montalvao (20 rue de Longchamp) ya está advertido. M. Ferdinand Gavary está fuera, ya averiguaré cuando llegue. Le saluda afectuosamente su amiga Aurora” (La carta está fechada el 14 de abril en el sello, se puede fechar en 1911).
- 6 Conocido por su periodismo virulento y sus radicales opiniones sobre política y literatura, su obra comienza con *Ultramarinos* (1882) y luego, entre otras, *Bilis* (1908), *Clericanallas* (1910), *Espanoles en París* (1912). La propia Aurora Cáceres anota en su diario el 17 de octubre de 1906: “Realicé el gran deseo de conocer a Bonafoux; tanto había oído decir de su pluma terrible y de su mala lengua, que le supuse un maldiciente feroz que a nadie guarda ley, al extremo de no simpatizar con persona alguna./ Me sorprendió gratamente la franqueza con que se expresa, arriesgando contraer las enemistades que el decir la verdad ocasiona; lo que revela, más que atrevimiento, un gran valor” (Cáceres, 1929: 168-169).
- 7 Atribuimos al libro la fecha de publicación de 1909 ya que el prólogo de Bonafoux está fechado en París, en julio de 1909.
- 8 Martínez Gómez y Mejías Alonso dan cuenta de su actividad literaria y periodística en el Madrid de esos años: “cuando llegó a la capital de España ya se la conocía sobradamente por sus artículos, y además también se habían leído y comentado muy favorablemente algunos de sus libros publicados en París. No es de extrañar entonces que fuera invitada, sin cartas de presentación previas, a reuniones de escritores como la tertulia de la Pardo Bazán”. A su conferencia en el Ateneo titulada “España en la poesía del Perú” asistieron ministros de Estado y los enviados americanos al Centenario de las Cortes de Cádiz (Martínez Gómez, 82-83).
- 9 El texto se publica en *Varietades*, Lima, VII, 299, 20 de julio de 1912 con alguna variante pues la palabra “plumíferas” en la frase que citamos, se sustituye

por “sabahondas”. De nuevo atribuimos la fecha de 1912 a este libro por la fecha de publicación del prólogo de Darío.

10 Fue publicado en *Monos y Monadas*. Año I, núm. 44, Lima, 27 de octubre de 1906. Otros datos sobre la biografía de Gómez Carrillo en Barrientos, 1959.

11 Anota en su libro *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo* que éste recibe una carta del Rector de Salamanca fechada el 2 de octubre de 1906, que transcribe por extenso (Cáceres, 1929: 205-208).

12 Acerca de *La rosa muerta*, sus características y significación véase el prólogo de Thomas Ward a la edición (Cáceres, 2007: VII-XXIV).

13 “Dedicatoria, A mi querida amiga la Condesa de Pardo Bazán en testimonio de admiración y de cariño a la española, dedico mi primer libro. Z. Aurora Cáceres”.

14 El comienzo resulta expresivo: “Un poeta, Olegario Andrade, dice de la mujer: ‘Es la esencia de lo bello, la hija de una lágrima de Dios’ (1)

15 Una reciente traducción de este libro: *El matriarcado: una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*. Trad. de María del Mar Llinares García, Tres Cantos (Madrid): Akal, 2007.

16 Es el caso de la obra de Alfred J. Church (1829-1912) que realizó versiones adaptadas y ficciones históricas de estas épocas para uso de los jóvenes.

17 Agripina, Livia, Julia son algunos de los ejemplos que apoya con la base histórica de Tácito, René Cagnat (1908?), y Jean Réville (1855-1908) estudioso de las religiones antiguas.

18 El retrato de Beatriz de Este se atribuye a Giovanni Ambrogio de Predis y a Leonardo; Isabel de Este fue retratada por Tiziano y por Leonardo, este último se encuentra en el Louvre.

19 Otros autores que cita: René Schneider (1867-1938) historiador del arte; Gabba del Lungo, más bien Isidoro Del Lungo (1841-1927), en su obra *La donna fiorentina del buon tempo antico*, (1905); Pierre de Boudeille Brantôme (1540?-1614); Bayle, autor de un célebre *Diccionario histórico* (1771) (112- 117).

20 Explica: “A continuación exponemos las respuestas que hemos obtenido en las interviews con estas distinguidas escritoras, principiando por distinguir a las que toman parte en el movimiento feminista” (165).

21 Juana Manuela Gorriti (1818-1892), ensayista y narradora argentina de orientación romántica y costumbrista. Vivió durante muchos años en Lima donde se dedicó a la enseñanza y mantuvo un tertulia literaria. Fue autora de cuentos y novelas. Reunió su producción en *Sueños y realidades* (1865), *Panoramas de la vida* (1876), *El mundo de los recuerdos* (1886) y *Veladas literarias de Lima* (1892).

22 Clorinda Matto de Turner (1854-1909), narradora, dramaturga y cronista peruana. Editó en Cuzco *El recreo* (1876). Publicó en 1884 y 1886 sus *Tradiciones cuzqueñas* donde ensayó su técnica realista que la hará famosa. En Lima desde 1887 dirige una importante tertulia literaria. Es autora de la que se considera primera novela indigenista, *Aves sin nido* (1889), luego escribió *Índole* (1891) y *Herencia* (1893).

23 Mercedes Cabello de Carbonera (1845-1909) se inició como colaboradora de *La Revista de Lima* y *El Correo del Perú*. Promueve la entrada del realismo en literatura, el positivismo y los ideales feministas, lo que provocó la reacción de los conservadores y el clero. Novelas: *Blanca Sol* (1888), *Sacrificio y recompensa* (1886), *Eleodora* (1887) entre otras.

24 En la edición de *La ciudad del sol* se añaden una serie de "Juicios y opiniones" acerca de la autora, varios de los cuales dan cuenta de la recepción de *Mujeres de ayer y de hoy* en los medios y lectores de España, Francia y Latinoamérica, entre otros de Carmen de Burgos "Colombine" (Cáceres, 1927: 169-171).

OBRAS CITADAS

Andradi, Esther. "Damas en caravana. Mujeres en las crónicas de Darío". *Anales de Literatura Hispanoamericana* 35 (2006): 69-76.

Avril de Sainte-Croix, Eugénie. *Rapport présenté au Congrès international de la condition et des droits des femmes tenu les 5, 6, 7 et 8 septembre 1900*, Congrès tenu à l'Exposition Universelle au Palais de l' Economie sociale et des Congrès. Paris : Imp. des Arts et Manufactures, 1901.

_____. *Le féminisme*. Paris : V. Giard et E. Brière, 1907.

Bachofen, Johann Jacob. *Das Mutterrecht: eine Untersuchung über die Gynaiokratie der alten Welt nach ihrer religiösen und rechtlichen Natur*. Stuttgart: Kraus & Hoffmann, 1861.

_____. *Le droit de la mère dans l' Antiquité*. Paris : Groupe français d'études féministes, 1903.

Barrientos, Alfonso Enrique. *Gómez Carrillo, 30 años después*. Barcelona: Ediciones Rumbos, 1958.

Cáceres, Z. Aurora. *Mujeres de ayer y de hoy*. Prólogo de Luis Bonafoux. Paris : Garnier, s.f., [1909].

_____. *Oasis de arte*. Prólogo de Rubén Darío. Paris: Garnier, s.f. [1912].

_____. *La rosa muerta, Las perlas de Rosa*. Prólogo de Amado Nervo. Paris: Ed. Garnier Hermanos, Col. Biblioteca Moderna Ilustrada, s. f. [1914]

_____ y Andrés Avelino Cáceres. *La campaña de la Breña, memorias del mariscal del Perú, D. Andrés A. Cáceres*. Lima: Imp. Americana, 1921.

_____. *La ciudad del Sol*. Prólogo de Enrique Gómez Carrillo. Lima: Librería Francesa Científica y Casa Editorial Rosay, 1927.

_____. (Evangelina). *La princesa Suma Tica. Narraciones peruanas*. Madrid: Mundo Latino, 1929.

_____. (Evangelina). *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*. Madrid: Renacimiento, 1929.

_____. *La rosa muerta*. Ed. Thomas Ward. Buenos Aires: Stock Cero, 2007.
Cagnat, René. *Figures d'impératrices romaines*. s. i.: 1908.

Gide, Paul. *Étude sur la condition privée de la femme dans le droit ancien et moderne et en particulier sur le sénatus-consulte velléin, suivie du caractère de la dot en droit romain*. Paris: Durand et Pedone-Lauriel, 1867.

Kapsoli, Wilfredo. *Unamuno y el Perú. Epistolario, 1902-1934*. Lima: Universidad de Salamanca / Universidad Ricardo Palma, 2002. pp. 25-31.

Malgesini, Graciela. "Las mujeres en la construcción de la Argentina en el siglo XIX". Georges Duby y Michelle Perrot. *Historia de las mujeres*. vol. IV. Madrid: Taurus, 1993.

Martin, Louis-Auguste. *Histoire de la femme, sa condition politique, civile, morale et religieuse*. Paris : Didier, 1862-1863. 2 vols.

Martínez Gómez, J. y A. Mejías Alonso. *Hispanoamericanas en Madrid (1800-1936)*. Madrid: Dirección General de la Mujer/ Horas y Horas la Editorial Feminista, 1994.

Pinto Gamboa, Willy. *Epistolario de Rubén Darío con escritores peruanos*. Lima: Universidad Nacional de San Marcos-Universidad de Chile, 1967.

Rawlinson, George. *Ancient Egypt*. London: T. Fisher Unwin, 1886.

_____. *Les religions de l'ancien monde: Égypte, Assyrie, Babylonie, Perse, Inde, Phénicie, Étrurie, Grèce, Rome*. Trad. par Clément de Faye. Genève: E Beroud ; Paris: Librairie de la Suisse française, 1887.

Rodocanachi, Emmanuele. *La femme italienne á l'époque de la Renaissance, sa vie privée et mondaine, son influence sociale*. Paris: Hachette, 1907.

Ruiz Barrionuevo, Carmen. "Aurora Cáceres, corresponsal peruana de Miguel de Unamuno". Luis Santos Ríó y otros, Eds. *Palabras, norma, discurso. En memoria de Fernando Lázaro Carreter*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2005. pp. 1047- 1054.

Tauro del Pino, Alberto. *Enciclopedia ilustrada del Perú*. 3ª ed. Lima: Peira, 2001.

Yvelin, Cleyre. *Étude sur le féminisme dans l'Antiquité, série d'articles parus dans « Le Petit Var » de Toulon (1905-1906)*. Préface de Mme. Héra Mirtel. Paris: V. Giard et E. Brière, 1908.